

Edison.

D. F. L.

EDIPO

REY DE TEBAS.

TRAJEDIA

en cinco actos y en verso, traducida del francés

POR

D. F. L.



Barcelona :

IMPRENTA DE D. MANUEL SAURÍ,
calle Ancha, esquina á la del Regomí.

1842.

PERSONAS.

- EDIPO, *rey de Tebas.*
- IOCASTA, *reina de Tebas.*
- FILOTETES, *principe de Eubeas.*
- EL SUMO SACERDOTE.
- ARASPE, *confidente de Edipo.*
- AGENOR, *al frente del pueblo Tébanos.*
- EGINA, *amiga de Iocasta.*
- DIMAS, *amigo de Filotetes.*
- FORBAS, *anciano Tébanos.*
- ÍCARO, *anciano de Corinto.*

La escena pasa en Tébas.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Á pesar de la antigüedad del asunto de esta Tragedia, por cuyo motivo se puede disimular al autor, haber introducido en ella el coro á imitacion de los griegos, me he tomado la libertad de sustituir en su lugar la persona de Agenor, por dar gusto á los críticos modernos que desean desterrar el coro de la Tragedia.

EDIPO

REY DE TEBAS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

FILOTETES , DIMAS.

DIMAS.

¿Eres tú, Filotetes? ¿Qué desgracia
Te envió á buscar la muerte á estas regiones
Infestadas? ¿veniste por ventura
A provocar la cólera celeste?
Ningun mortal sus pasos temerarios
A dirigir se atreve hácia este sitio
Lleno de saña y celestiales iras,
Que respiran en el viudez y muerte.
Largo tiempo ha que Tebas consagrada
Está al horror , y separada gime
Del resto de los vivos : huye luego.

609472

FILOTETES.

Conviene á un desgraciado esta morada.
Deja que cumpla mi cruel destino ;
Y dime si la cólera del cielo ,
Que tan barbaramente os aflige ,
A la Reyna perdona.

DIMAS.

Nuestra Reyna
Vive , señor ; pero hasta al mismo trono
Lleva el contagio su fatal veneno.
Hundiendo en el sepulcro cada instante
Un fiel sirviente la indomable muerte ,
Llega por grados á locasta misma.
Bien que dicen , que el cielo ya cansado
Y de sangre y de muerte satisfecho ,
La venganza que tanto nos oprime ,
Quiere por fin calmar.

FILOTETES.

¡ Ay ! que execrable
Crimen , ira tan grande ha provocado ?

DIMAS.

Desde que el Rey murió:::

FILOTETES.

¿ Que escucho ? Layo:::

DIMAS.

Cuatro años ha , señor , ya que no existe.

FILOTETES.

¡ Cuatro años que no existe ! ¿ Que me cuentas ?
 ¡ O ! ¿ Que esperanza en mi renacer siento
 ! Tan seductora ! ¿ Que ? Iocasta : : : : ¡ O Dioses !
 ¿ Me seréis mas propicios que hasta ahora ?
 ¿ Mas podrá Filotetes al fin ser vuestro ?
 ¡ Cuatro años que no existe ! : : : : ¿ Y su muerte ?

DIMAS.

Desde que el hado por la vez postrera
 A Boecia guiò tus nobles plantas ,
 Cuatro años se han cumplido ; y al instante
 Que dejando el reposo de tu reyno ,
 Tus pasòs hácia el Asia dirigiste ,
 De una mano enemiga el golpe fiero.
 Nos privó de este Rey infortunado.

FILOTETES.

¿ Y es cierto , Dimas , que un vil asesino
 A vuestro Rey mató ?

DIMAS.

De nuestros males
 Su muerte ha sido la primera causa ;
 Y este crimen arrastra hácia la ruina
 Nuestro imperio. Fasmados con su muerte ,
 La llorábamos todos noche y dia ,
 Cuando un mónstruo , instrumento el mas terrible
 De las iras del cielo , castigando
 Al inocente , pero no al culpable ;
 Un espantoso mónstruo estas riberas
 A talar vino ¿ Do estabas entonces ?

Jove industrioso siempre en la venganza,
 Su poder agotó para formarle.
 Nacido entre las rocas montañosas
 Del Citerón, de humana voz dotado,
 Muger, águila, Leon, mezcla exacerable
 De la naturaleza, en daño nuestro
 Unia con la rabia el artificio.
 En la espantada Tebas cada instante,
 Con palabras ambiguas y capciosas
 Un enigma confuso proponia,
 Y si mortal alguno socorrernos
 Osaba, era preciso ver al mónstruo,
 Y morir si su enigma no entendia,
 Tubimos que abrazar este partido;
 Y ofreció Tebas á una voz el cetro.
 Al dichoso adivino que inspirado
 Por los augustos Dioses, nos pudiera
 Descifrar el sentido del enigma.
 Nuestros sabios y ancianos, seducidos
 Con la esperanza de una vana ciencia,
 A la venganza osaron exponerse
 Del mónstruo incomprensible y sanguinario:
 Ninguno le entendió, todos murieron;
 Pero Edipo, heredero del corintio
 Reyno, jóven audaz, jóven dichoso,
 Que no conoció el miedo, á estos lugares
 De espanto llenos fué por la fortuna
 Conducido: llegó, vió al mónstruo horrible,
 Entendióle, y fué Rey; y vive y reyna.
 Mas solo ejerce su funesto imperio
 Sòbre súbditos tristes que agonizan.
 ¡ Ay! nosotros creimos; cuán en vano!
 Que sus manos dichosas, para siempre
 A su trono atarian los destinos.
 Hasta los Dioses ya nos parecian
 Mas favorables; pero murió el mónstruo,

Dejando á Tebas á la fin tranquila,
 Y la esterilidad sopló al momento
 Hambre y muerte feroz en nuestra costa ;
 Así el cielo por siempre vengativo
 De suplicio en suplicio nos conduce.
 El hambre ya cesó, mas su injusticia.
 Y el contagio , yermando nuestras playas,
 Destruyen á los pocos que quedaron.
 A tan horrible estado nos reducen
 Los Dioses ; pero á tí , héroe felice ,
 De ellos favorecido ¿quién del seno
 Ha podido arrancarte de la gloria ?
 ¿Qué buscas , dime , en este triste sitio ?

FILOTETES.

Vengo á regarle con mi triste lloro
 Vengo á ocultar en él mi sentimiento ,
 Mi profundo dolor que me devora.
 Escucha mi desgracia y las del mundo ,
 ¡ Ay ! ya nunca mirar podrán mis ojos
 Al hijo digno de los altos Dioses ,
 Que invencible como ellos , el apoyo
 Del mundo fué. El inocente opreso
 A su Dios tutelar extinto llora :
 Yo lloro por mi amigo , y los mortales
 De su padre comun lloran la muerte.

DIMAS.

¿ Conqué Hércules ha muerto ?

FILOTETES.

Estas mis manos
 Sobre la fatal pira colocaron
 Al mas grande de todos los mortales.

Conmigo traigo las invictas flechas
 Del hijo augusto del potente Jove ,
 Presentes caros cuanto son terribles.
 Tambien traigo conmigo sus cenizas ;
 Pues quiero alzar sepulcro suntuoso
 A quien altares erigir debiera.
 Si él hubiera vivido , si los cielos
 Al mundo no envidiaran un presente
 Tan grande , tan sublime; cumpliria
 Ausente de Iocasta mi destino :
 Y por mas que en mi pecho renaciera
 Una antigua pasion , no me verias
 Sucumbir al amor , abandonado
 Por seguir á una amante , al gran Alcides.

DIMAS.

Me dolí largo tiempo de ese fuego
 Tan dulce y poderoso , que en la infancia
 Nació , y crecia al tiempo que tu mismo.
 Por su padre obligada al himeneo ,
 En el trono de Layo colocada
 A su despecho fué Iocasta un dia.
 Mas ¡ ay ! que en este enlace tan llorado
 Nos preparaba mil y mil desgracias
 En secreto el destino irrevocable.
 ¡ Cuanto en vos admiré ya desde entonces
 Esa virtud sublime y ese pecho.
 Digno del trono , pues vencerse sabe !
 A ese agitado corazon en vano
 Habló el amor , que el corazon ha sido
 El tirano primero que domaste.

FILOTETES.

Para vencer , huir fué necesario :
 Lo fué , te lo confieso , y algun tiempo

Con mi pasión luché; mas mi flaqueza
 Conociendo, de sitio tan funesto
 Fuéme preciso huir, y un vale eterno
 Contra mi voluntad dar á Iocasta,
 Entre tanto temblando la ancha tierra
 Al solo nombre del invicto Alcides,
 Esperaba su suerte, que pendia
 De su poder y heroico denuedo.
 Yo me junté con él, yo tuve parte
 En sus hazañas que la tierra admira;
 Yo caminé á su lado, y nuestras sienes
 Un mismo lauro y eternal ceña.
 Entonces fué cuando mi alma noble
 Contra los vicios y pasiones viles
 Se sintió para siempre asegurada;
 Que es un favor supremo de los Dioses
 Disfrutar la amistad de un hombre grande,
 Mi deber y mi suerte yo leia
 En sus ojos, y mil y mil virtudes
 Aprendia viviendo con Alcides.
 Mi alma endurecida en los trabajos
 Sensible á la virtud pura guardaba,
 Y esta sola á seguirle me movia.
 ¿Y que hubiera yo sido sin Alcides?
 Hijo solo de un rey, mas héroe nunca:
 Un principe vulgar, y esclavo acaso
 De mis pasiones; y con él fui dueño.

DIMAS.

Conque ya en adelante muy tranquilo
 Podrás ver á Iocasta y á su esposo;
 Al nuevo esposo que el vacío lecho
 De Iocasta llenó por su bravura.

FILOTETES.

¿Qué es lo que dices? Un nuevo himeneo:::

DIMAS.

Unió á Iocasta con el fuerte Edipo.

FILOTETES.

¿ Qué feliz es Edipo ! No lo extraño ,
Que es digno de tal premio el que á su pueblo
Supo salvar del mónstruo ; el cielo es justo ,

DIMAS.

Verás á Edipo luego en este sitio ,
Que acompañado del inmenso pueblo ,
Por el Gran Sacerdote conducido ,
Del irritado Jove los rigores
Viene á calmar .

FILOTETES.

Yo estoy enternecido ;
Yo lloro su desgracia ; Gran Alcides !
Vela desde el Olimpo luminoso
Sobre tu triste patria ; oye á un amigo
Que te ruega por ella , patrocina
A tus conciudadanos afligidos :
Sus votos y los míos , dócil oye. *mi*

ESCENA II.

El SUMO SACERDOTE , AGENOR al frente del pueblo. Se abre la puerta del templo , y el Sumo Sacerdote aparece en medio del pueblo.

AGENOR.

Contagiosos espiritus , tiranos
De nuestro imperio, que soplais la muerte ,

Que en esta ciudad triste respiramos;
 En daño nuestro redoblad las iras ,
 Aniquiladnos luego , y los horrores
 Ahorradnos de una muerte perezosa ,
 Herid , herid , ó dioses poderosos ;
 Las víctimas están aquí dispuestas.
 Montañas , sepultadnos ; caed cielos
 Sobre nuestras cabezas preparadas ,
 Imploramos , ó muerte , tu socorro :
 Vuela , ven á salvarnos , y termina
 Los dias nuestros de amargura henchidos.

EL SUMO SACERDOTE.

Cesad , calmad las quejas lamentables ,
 Consuelo triste del mortal cuitado :
 A un Dios nos humillamos que desea .
 Probarnos , y con sola su palabra
 Salvarnos puede , y puede aniquilarnos.
 Bien sabe él que la muerte nos circunda :
 Desde el Olimpo escucha á los tebanos
 Que le imploran sin fin : mas el rey llega ;
 En nombre del eterno quiero hablarle ,
 Y descifrarle los destinos duros.
 Si , que ya llegó el tiempo , y este dia.
 Del rey la suerte trocará y del pueblo.

ESCENA III.

EDIPO , IOCASTA , *el* SUMO SACERDOTE , EGI-
 NA , DIMAS , ARASPE , AGENOR , *al frente*
del pueblo.

EDIPO.

¡ O pueblo que en el templo suspirando
 A nuestros dioses lágrimas ofreces !

Si sobre mí pudiera las venganzas
 Del cielo hacer caer , presto la muerte ,
 Dejaría por fin de perseguirnos.
 Mas un comun desastre nos angustia ;
 Y en él ¿ qué puede un rey ? ¿ Es mas que un hombre ?
 Un hombre solo , y nada intentar puede
 Sino ayudaros á sufrir los males : (*al Sumo Sacer-*
dote)

Y vos , ministro de los dioses fieros
 Que adoramos en Tebas , respondedme ,
 ¿ Aun no se dignan escuchar los llantos
 Que imploran su favor ? ¿ Podrán crueles
 finar nuestra angustiada vida ?
 á las súplicas del hombre
 del hombre ser debian ?

EL SUMO SACERDOTE.

« O y rey : en esta noche
 « he visto desde el Olimpo escelso ,
 « vuestros altares : ví que el alma
 « se eleva entre nosotros del Gran Layo ,
 « horrible , respirando ira y venganza :
 « luego escuché esta voz amenazante.
 « ¿ Porqué , tebanos no vengais la muerte
 « De Layo vuestro rey ? Entre vosotros
 « Respira su asesino , y vuestro clima
 « Infesta con su aliento emponzoñado.
 « Reconocedle , castigadle presto ,
 « Pues no hallaréis alivio á vuestros males
 « Hasta que derrameis su sangre impía.

EDIPO.

Si , tebanos ; sufrir muy justamente
 El castigo del crimen mas horrendo :

Adorabais á Layo , y sus cenizas
 Claman venganza , y desois sus ccos.
 Tal suele ser la suerte no debida
 De los mejores reyes : mientras viven
 Se respetan sus leyes ; ensalzada
 Su paternal virtud es á los cielos ;
 Los adoran los pueblos como á dioses :
 Pero luego que mueren , al olvido
 Condenados se ven ; el mismo incienso
 Que en los altares arde al sepultarlos ,
 Un gasto les parece intolerable :
 Pues como el interés gobierna al hombre ,
 Olvida la virtud que ya no existe.
 Por estó al mismo tiempo que vosotros
 Quereis calmar la cólera celeste ,
 Contra vosotros de la tumba fria
 Clama la sangre inulta del rey vuestro.
 Oigamos su clamor , y en su sepulcro
 Sacrificado sea su asesino ;
 Pues mas grata su sangre regicida
 A sus manes será que un hecatombe.
 Descubrir procurémos al culpable ,
 Que asesinar á un rey es imposible
 Sin que testigos haya del delito.
 ¿ Y despues de portentos tan atroces
 No habeis podido descubrir al reo
 De crimen tal ? Es fama entre la plebe ,
 Que fué un tebano quien su mano impía
 Contra su rey alzó , de vuestras manos (*á la Reina*)
 Yo , Iocasta , que obtuve la corona
 Dos estios despues que el rey fué muerto ,
 No quise recordaros hasta ahora ,
 Para no renovar vuestros dolores ,
 La causa atroz de tan acerbo llanto ;
 Y atento solo á los peligros vuestros ,
 Se entregaba mi mente á otros cuidados.

IOCASTA.

Cuando la suerte , Edipo me guardaba
 Para ser vuestra esposa , y de repente
 De Layo me privó : cuando los lindes
 Recorria mi esposo de su reino ,
 Y en la tumba le hundió mano asesina ;
 Forbas solo á su rey acompañaba ,
 Forbas , era su guia y consejero ,
 Pues su celo y prudencia viendo Layo ,
 Con el partia el peso del gobierno.
 Forbas vió asesinar al rey su amo ;
 Forbas trajo el cadáver á estos muros ;
 Forbas herido , ensangrentado , triste ,
 Suspirando á mis piés , asi me dijo.
 « Señora , tal me han puesto en el camino.
 « Hombres desconocidos , y á mi vista
 « A vuestro real esposo asesinaron.
 « Yo caí moribundo , pero Jove
 « Por mi mal fuerzas nuevas dió á mi pecho.
 No dijo mas , y yo toda turbada
 Aparté con mis iras de mi lado
 A la austera verdad : quizá por esto
 Irritado el Olimpo justamente ,
 De mi venganza libertó al culpable ;
 Y así quizá cumpliendo mis destinos
 Me encontró criminal por castigarnos.
 Luego la Esfinge desoló mi reino ,
 Y á evitar su furor solo atendimos ;
 Que en tal espanto ¿ como se podia
 Vengar del rey la muerte , cuando todos
 Esperaban la suya por instantes ?

EDIPO.

¿ Y qué premio al fiel Forbas concediste ?

IOCASTA.

En recompensa de su amor y celo ,
 Todos en su interior le aborrecian ,
 Era muy poderoso , y esto solo
 Bastaba para ser aborrecido.
 Los grandes , los plebeyos irritados
 Ardian por vengar , no las injurias ,
 Si su favor pasado solamente ,
 Le acusó toda Tebas , pidió á gritos
 Su muerte , mas no quise ser injusta ;
 Y no osando al suplicio conducirle ,
 Ni darle libertad , en un castillo
 De aqui no lejos le cerré en secreto ,
 Por libertar su vida de las iras
 Del pueblo siempre ciego y vengativo.
 Cuatro inviernos ha ya que aquí cerrado
 El venerable anciano es triste ejemplo
 De la amistad funesta de los reyes.
 Nunca de mí se queja , ni del pueblo ;
 Y en sola su inocencia confiado ,
 De ella su libertad tranquilo espera.

EDIPO.

Basta , Reyna : ordena que al momento.
 Se le abra la prision , que se presente,
 Que quiero ante vos misma examinarle.
 El pueblo me rodea , y la venganza
 De la muerte de Layo ansioso espera.
 Escuchemos á todos imparciales ,
 Penetremos las sombras del misterio.
 Dioses de los Tebanos ! protegednos ,
 Y puesto conoceis el regicida ;
 ¡Castigadle vosotros sin tardanza.
 Oculta , ó sol , tu luminosa frente

Para siempre á sus ojos : de su madre
Sea la exacracion , y de sus hijos
El eterno baldon : que viva errante ,
Proscrito , perseguido de los hombres ;
Que todos los tormentos del Averno
Esperimente , y carniceras aves
Su cuerpo vil devoren en la arena ,
Sin que nadie se atreva á sepultarle.

EL SUMO SACERDOTE.

Todos nosotros , todos confirmamos
Los anatemas que tu labio espresa.

EDIPO.

¡ O Dioses ! castigad solo al culpable :
O si vuestros decretos siempre justos
Quieren castigue Edipo al regicida ,
Si por fin os cansais de aborrecernos ,
Si el crimen cometió un desconocido ,
Y vengarle quereis , en este solo
La víctima nombrad , y la venganza
Caiga sobre él , y vuestras iras calmen.
Vos , regresad al templo , sacerdote :
Invocad á los Dioses nuevamente
Hasta que los obliguen vuestros votos
Á descender entre nosotros luego.
Si á Layo vuestro Rey ellos amaron ,
Vengar su muerte les será muy grato ,
Y dirigiendo mi obcecada mente,
Señalar al culpable en cuyo pecho
Debo clavar la vengadora espada.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Iocasta , EGINA , ARASPE , AGENOR *al frente del pueblo.*

ARASPE.

Yo el intérprete soy del triste pueblo ,
Que en su agonía con acordes voces
Acusa á Filotetes : si , Señora ,
A Filotetes que á este mismo sitio
El destino ha traído por salvarnos.

Iocasta.

¿ Que es lo que escucho ? ¡ Dioses poderosos !

EGINA.

Yo estoy pasmada.

Iocasta.

¿ Quien ? ¿ él ? ¿ Filotetes ?

ARASPE.

Filotetes , señora ¿ y á cual otro
Imputarse podría un regicidio ,

Que el mismo á nuestra vista meditaba?
 Todos saben que á Layo aborrecia,
 Que su odio vengativo á vuestro esposo
 Sagaz apenas ocultar podia;
 Porque la juventud poco prudente
 No facilmente sus traiciones cubre:
 Y en la frente se vió de Filotetes
 El despecho pintado, aunque yo ignoro
 Que motivo su cólera animaba,
 Mas luego que del Rey el nombre oia,
 Lé dominaba la feroz venganza
 Que no supo ocultar; y amenazarle
 Osaba en su furor. Partió, y errante
 Le volvió su destino à estas regiones,
 Y estuvo en Tebas en aquellos dias
 Que la llenaron de amargura y luto
 Con el horrible regicidio. El pueblo
 Desde el fracaso aquel no sîn motivo
 Le ha mirado con gran desconfianza.
 ¿Que digo? Demasiado tiempo inciertas
 De los Tebanos las sospechas fueron,
 Entre él y Forbas siempre divididas.
 Sin embargo, el gran nombre que en la guerra
 Adquirió, y ese título famoso
 De vengador del mundo, ese respeto
 Que por instinto natural tenemos
 A los héroes, calmó nuestras sospechas
 Y suspendió la espada vengadora.
 Mas los tiempos mudaron: los tebanos
 Olvidarán en este triste dia
 El dañoso respeto que le tienen.
 Su gloria en vano mueve nuestros pechos
 A su favor, cuando irritado Jove
 Sangre pide, y debemos complacerle.

AGENOR (*al frente del pueblo.*)

¡ O Reina ! habed piedad de vuestro pueblo
Que os ama : imitad la alta justicia
De los Dioses , poned en vuestras manos
La víctima que piden ; nuestros votos
Dirigid al olimpo ¿ Qien moverle
Puede mejor que un corazon virtuoso ?

IOCASTA.

Si á calmar la venganza de los Dioses
Basta mi vida ; ay me ! viva la patria
Y yo perezca : si , nobles tebanos ,
Que en Iocasta encontraréis aun virtudes ,
Mi sangre recibid ; mi sangre sola
Se derrame y no mas ; hora marchaos.

mt.

ESCENA II.

IOCASTA , EGINA.

EGINA.

¡ Cuanto os compadezco !

IOCASTA.

¡ Cuanta envidia
Tengo á los que sus dias terminaron
En el recinto de estos tristes muros !
¡ Que horrible situacion ! ! Que gran tormento
Para un corazon noble y virtuoso !

EGINA.

No lo dudo , fatal es vuestra suerte.
De un ciego celo el pueblo concitado

La víctima infeliz de sus furores.
Yo no puedo acusarle , mas si hallárais
Al asesino en él de vuestro esposo
¡ Cual fuera vuestro horror !

IOCASTA.

¡ Y aun hay quien ose
Con tal sospecha mancillar á entrambos ?
¿ Caben en él crimen , la vileza ?
Ya no faltaba mas á mi desgracia
Despues que asesinado fué mi esposo ,
Que mirar acusado á Filotetes.
Egina no sospeches de él , no irrites
Mi cólera ; no puede ser malvado
El que supo agradarme , es imposible.

EGINA.

Ese amor tan constante:::

IOCASTA.

No lo creas.
Un amor tan funesto en mi memoria
No puede vivir ya ; le estinguí , es cierto.
Mas ¡ ay ! querida Egina ; una alma grande
De la virtud hermosa dominada
Por mucho que combata , no , no puede
Que en nuestros pechos la natura engendra.
Nunca se estinguen , nunca ; y en el alma
Tal vez están ocultos los amores
Que apagados se creen : siempre viven ,
Cual vivir suele el fuego en las cenizas.
Ann el alma severa y virtuosa
Que combate el amor con gran constancia ,
Resiste á la pasion , mas no la estingue.

EGINA.

Vuestro dolor es justo y virtuoso ,
Que tales sentimientos:::

IOCASTA.

¡ Ay ! Egina ,
¡ Cuan desgraciada soy ! tú que conoces
Mi alma y mi dolor , puedes juzgarlo.
Dos veces encendí del himeneo
Las teas tan funestas , y dos veces
Sufriendo la injusticia de los hados
Cambié de esclavitud y de suplicio ;
Que el único de todos los mortales
De quien mi corazon prendarse pudo ,
Siempre mi corazon le fué negado.
¡ O Dioses ! perdonadme este recuerdo
Tan funesto , y efecto lamentable
De una pasion en mi alma sofocada.
De Filotetes , Egina , tú me viste
Enamorada , y á el por mi muriendo.
Tú tambien viste nuestro amor desecho
Al punto que nació : mi Rey me amaba ,
Y logró , á mi pesar , esta mi mano ,
Coronando mis sienes la diadema
Que mil negros cuidados albergaba.
Me casé , y olvidar fué necesario
Mis primeros amores y promesas.
Tu sabes , que á mi esposo ya entregada
Amarle procuré , que la primera
Aficion sofoqué , disimulando
Mi turbacion , y mi dolor cuitoso.
Me avergonzé yo misma ; bien lo sabes
De fomentar una pasion oculta.

EGINA.

¿Como pues otra vez del himeneo
La ciega suerte aventurar osaste?

IOCASTA.

¡ Ay !

EGINA.

Si quereis que diga lo que siento:::

IOCASTA.

Di.

EGINA.

Yo creo que Edipo os agradaba ,
Y por haber salvado vuestro reino ,
En recompensa el corazón le disteis ,
Al parecer sin resistencia alguna.

IOCASTA.

¡ Ah Dioses !

EGINA.

¿ Era Edipo mas hermoso
Que Layo , ú olvidaste á Filotetes
En su ausencia , ò bien estos dos amantes
Vuestra pasión tenían dividida?

IOCASTA.

Talada entoces Tebas por un mónstruo ,
Mi mano prometí al que le matase ;
Y el vencedor valiente de la Efige
Digno era de la mano de Iocasta.

EGINA.

Pero ¿le amabais vos?

IOCASTA.

Sentia al menos

En mi pecho hácia él cierta ternura ;
 Mas ¡ay! de ser pasion ; cuanto distaba !
 No era , Egina , aquel fuego turbulento
 Que mis ojos amantes engendraron ;
 Aquella llama activa , devorante ,
 Que solo Filotetes en mi alma
 Pudo encender , y que en mi amante pecho
 Esparciendo el veneno , seducia
 Mi razon , mis sentidos , y mi mente.
 En mi interior sentia por Edipo
 Una justa amistad ; es virtuoso ,
 Y amaba su virtud. Le vi elevado
 Con placer inefable al alto trono ,
 Que él supo conservar ; pero no obstante
 Al seguirle al altar del himeneo ,
 Sentí tambien , Egina , que mi alma
 De tales sensaciones era herida ,
 Que no puedo explicar : aquí temblando ,
 Y en el lecho por fin de horror cubierta ,
 Me vi sin Filotetes , pero esclava.
 Y apenas fué este enlace consumado ,
 Cuando un portentoso sucedió horroroso.
 Veia , Egina , en una oscura noche
 Junto á Edipo y á mí , que los abismos ,
 Los eternos abismos se entreabrian
 Bajo de nuestros pies. Ví tambien luego
 De Layo el alma pálida y sangrienta ,
 Que en la profundidad amenazando ,
 Me mostraba mi hijo , aquel mi hijo

Que el formó de su sangre en mis entrañas ;
Aquel que mi piedad y mi barbarie ,
Mi injusticia cruel en sacrificio
Ofreció á nuestros Dioses en secreto.
Con voces imperiosas me ordenaba
Que á entrambos los siguiera , y parecia
Que entrambos me arrastraban al profundo.
Con aquesta vision tan espantosa
Mi alma dia y noche atribulada ,
Esta idea funesta cada instante
Traia á mi angustiada fantasia ,
Y el dolor aumentaba de mi pecho
El no bien olvidado Filotetes.

EGINA.

Ruido escucho , aqui vienen , si , ya llegan.

IOCASTA.

El es , yo tiemblo , vamos no he de hablarle.

ESCENA III.

IOCASTA FILOTETES.

FILOTETES.

¿ Huyes Iocasta? escúchame , no temas ;
Atrévete á mirarme , óyeme y habla.
No creas que mis lágrimas amantes
Turben aquí la paz y los placeres
Que tu feliz enlace proporciona
A ti , y á tu envidiable y nuevo esposo.
No esperes , no , de mí reconvenciones
Injuriosas , ni débiles suspiros

Indignos de Iocasta y Filotetes.

No escucharás de mi coloquios vanos

Que á los amantes ordinarios dictan

La ficcion y molicie : no , Iocasta.

Un corazon que te ama , y::: si te acuerdas

De los nudos que un tiempo disolviste ,

Un corazon al que Iocasta misma

Alguna vez amó , no aprendió de ella

A ser débil jamás en la desgracia.

IOCASTA.

Mios son , mios esos sentimientos :

¿Te los inspiré yo , ó tu á Iocasta ?

¡ Ay ! si yo á ti no pude un tiempo unirme

Debo justificarme ahora de esto.

Mi alma te adoraba , mas el hado ,

El hado inexorable , á mi despecho ,

Siempre dispuso de mi triste suerte.

Sin duda á tus oidos ha llegado

El furor de la esfinge , y de los Dioses ,

Y las calamidades que oprimieron

A los Tebanos , y que en fin Edipo:::

FILOTETES.

Lo sé , sé que es Edipo esposo tuyo ;

Sé que merece serlo ; y aunque es jóven ,

Su virtud , sus hazañas , los tebanos

Libertados por él del fiero mónstruo ,

Y el querer de Iocasta sobre todo ,

A este dichoso príncipe elevaron

Al alto solio del tebano reyno.

! Ah ! ¿porqué la fortuna tan constante

En dañarme , á otros climas apartados

Mi valor imprudente arrebatava ?

Si vencer á la Esfinge era bastante
Para obtener tu idolatrada mano,
¿Porque léjos de ti la dura muerte
Buscando iria yo? No los rodeos,
No la capciosidad de un ciego enigma
Hubiera Filotetes interpretado.
Este brazo, este brazo al que tu vista
Comunicára vencedores brios;
Este brazo á triunfar acostumbrado,
Te hubiera presentado la cabeza
Del mónstruo. Mas perdí ya la esperanza:
Ya Iocasta de otro héroe premio ha sido,
Que de tan grande honor en paz disfruta.

IOCASTA.

¡Ignora Filotetes su desgracia!

FILOTETES.

Perdí á Hércules y á ti; ya nada temo.

IOCASTA.

Pisais un sitio que un Dios vengativo
Aborrece: la peste asoladora
Anuncia su venganza, y todo el pueblo
Paga de Layo el regicidio infausto:
La justicia celeste nos castiga,
Porque del Rey la muerte no vengamos:
Pues inmolado debe ser al punto
En las aras de Jove el regicida.
Averiguando están quien es, y el pueblo
Cual criminal á Filotetes indica.


FILOTETES.

¡Yo, Iocasta! enmudezco: tal injuria
Mi valor hiela, y á callar me obliga.

¿ Quien ? ¿ Yo tal atentado ? ¿ Yo asesino ?
¿ Y de Layo ? ¿ Podrá crecerlo Iocasta ?

IOCASTA.

Yo no, no Filotetes te calumnian ,
Injuriarte seria, si al desprecio
No condenara tan absurdas voces.
Yo te conozco, yo te amé, yo te amo
No puedes ser indigno de Iocasta.
Desprecia al pueblo á quien los justos Dioses
A la muerte abandonan, y merece
Morir, pues piensa mal de Filotetes.
Pero huye de mí, ya no hay remedio :
Nuestros amores fueron desgraciados,
Pues los Dioses tenian reservada
Una fortuna para ti mas noble ,
Y para ellos naciste ; esta es la causa
Porque el cielo no quiere vive en Tebas
Un héroe á todo el mundo necesario ;
Ni que lleve mi amor esa alma grande ,
Para que su amor no permanezca
Desconocido al lado de Iocasta.
El amor tierno y tímido no debe
Triunfar del digno sucesor de Alcides :
De su valor los hombres necesitan ,
Por su socorro el infelice clama ;
Que los mónstruos renacen desque Alcides
A la tumba bajó. Si antes perdido
Estuviste de amor, marcha ya libre ,
Parte, y en tí que el mundo á Hércules vea.
Aque llega mi esposo. no me niegas
Que me ausente, mas no porque Iocasta
Tema en su turbacion mostrarse débil ,
Sino por no esponerme en su presencia
A declarar que te adoré algun tiempo.



ESCENA IV.

EDIPO, FILOTETES, ARASPE.

EDIPO.

Aquel, Araspe, dime ¿es Filotetes?

FILOTETES.

Si, yo soy; el destino siempre infausto
Me trajo á tu ciudad, mas nunca el cielo
Acostumbrarme pudo á que sufriera
Ninguna afrenta, aunque animado siempre
Contra mi respiró. Señor, no ignoro
Conque calumnia intentan los Tebanos
El brillo mancillar de mis virtudes :
Mas no esperes que yo me justifique,
Te amo demasiado, y no, no puedo.
Pensar que des oído á las calumnias
Que tan vilmente contra mi conspiran.
Si ambos seguimos unos mismos pasos,
Si está mi gloria con la tuya unida,
Si Hércules, y Teseo, y yo el camino
De la gloria que amarte te mostramos;
No deshonres creyendo una calumnia,
El resplandor brillante de estos nombres
Que antes del nombre tuyo lustre dieron.
Conserva con un porte generoso
El eternal honor que te resulta
De ser contado entre héroes tan ilustres.

EDIPO.

Ser útil á los hombres, y este Imperio
Salvar, es el honor á que yo aspiro;
Y este es todo el honor que me enseñaron
Los hombres que tu imitas, y yo admiro.

No , no quiero yo un crimen imputarte ,
 Si la víctima el cielo me dejára
 Eligir , á mi mismo me eligiera ,
 Y el altar con mi sangre regaria.
 La obligacion de un Rey es ofrecerse
 Víctima por su patria ; honor tan grande
 Que cederlo á algun otro mengua fuera.
 Yo muriera salvando á Filotetes ;
 Yo otra vez á mi pecho salvaria ;
 Mas ahora ni elegir esto me es dado ;
 Porque debemos derramar la sangre
 Del criminal y á ti , por tal te acusan.
 Piensa , príncipe , piensa en defenderte.
 Si fuereis inocente , cosa grata
 En mi palacio me será hospedarte ,
 Y honrar al héroe digno de ti mismo ;
 Pues mi felicidad será tratarte ,
 Cual delincuente no , sino cual héroe.

FILOTETES.

Lo diré ; con la fama de mi nombre
 A creerme seguro me atrevia
 De sospecha y temor. Esta mi diestra
 Que hora osan acusar , libertó el mundo
 De infames asesinos , cuando el rayo
 Del alto Jove no los consumia.
 Hércules con su ejemplo me enseñaba
 A domarlos : Señor , quien me castiga
 Léjos está , muy léjos de imitarme.

EDIPO.

No creo que pudieran esas manos
 A las grandes hazañas consagradas ,
 Haberse deshonrado con tal crimen.
 Y si tu acero dió la muerte á Layo
 Con honor ciertamente la daria ;

Pues tú sin duda alguna le venciste
Como noble guerrero combatiendo.
Edipo debe hacerte esta justicia.

FILOTETES.

Á ser verdad ¿ que crimen fuera el mio ?
Si descender mi espada al grande Layo
Hubiera hecho á los reyes de la muerte
¿ Qué otra cosa de aquesto resultára
Que á mis triunfos añadir un lauro ?
Un Rey seguramente es en la tierra
Un Dios á quien sus pueblos idolatran ;
Mas para Alcides , para Filotetes
Un Rey solo es un hombre , y ordinario. (*con des-
precio.*

Debes pensar que he defendido Reyes ,
Y que pude por tanto combatirlos ,
Pues que vengarlos no me fué negado.

EDIPO.

Conozco á Filotetes en su orgullo ,
En su ínclito valor : si , yo no ignoro
Que son iguales á los Reyes mismos
Los guerreros cual tú ; pero no obstante ,
No lo dudes , ó príncipe , la muerte
Merece el vencedor del grande Layo.
Su suplicio pondrá fin á los males
Que afligen nuestro imperio ; y tú:::

FILOTETES.

Es muy falso ;
Yo no soy su asesino : mi palabra
Bastarte debe , que si yo lo fuera ,
De tal hazaña vanidad haria ;
Y porque te hablo así debes oirme.

A los hombres comunes , á las almas.
 Ordinarias está bien defenderse
 Con medios ordinarios : un guerrero ,
 Un príncipe cual tú , cual soy yo mismo
 Creído debe ser por su palabra.
 ¡ Sospechas soy de Layo el asesino !
 Edipo á nadie de esto acusar debe
 Pues su cetro , su esposa , y sus tesoros
 En paz goza , y el fruto de su muerte.
 Al menos no soy yo el feliz que ha osado
 Disfrutar sus despojos y su solio.
 Nunca lisongeo el trono mis deseos.
 Alcides mismo siempre desdeñoso
 Se mostró de ascender á tal altura ;
 Y yo libre con él , yo sin vasallos ,
 Sin superior alguno nombré Reyes ,
 Y nunca quise por mi dicha serlo.
 Mas defendiéndome mucho me humillo ,
 Que al justo abaten las escenas viles.

EDIPO.

Aprecio tu virtud , mas no ese orgullo
 Que ya me ofende. Principe juzgado
 Serás , y si no teme tu inocencia
 De las severas leyes la justicia ,
 Mayor será la gloria que consigas.
 La ley te juzgará.

FILOTETES.

No lo reuso ,
 Pues conservar mi honor estriva en esto.
 Sea testigo el cielo que me escucha ,
 De que no partiré de tu presencia ,
 Sino despues que hubiese la venganza
 Borrado las sospechas vergonzosas
 Que en mi deshounra la calumnia finge.

ESCENA V.

EDIPO, ARASPE.

EDIPO.

Lo confieso, yo mismo me atormento
De creerle culpable: la constancia
De un corazon valiente como el suyo
Abatirse no sabe con ficciones.
La mentira no puede ciertamente
Abrigar tan sublimes sentimientos.
Yo no puedo observar en Filotetes
Pensamientos infames que degraden.
Aun te confieso mas: me avergonzaba
En mi interior al verme precisado
Á acusar á un guerrero tan ilustre,
Y me ofendian mis severas voces.
¡Necesidad cruel, que siempre unida
Al mando suele estar! ¡O si lós Reyes
Pudieran penetrar los corazones.
De los mortales! No, no castigáran
Tantas veces la cándida inocencia,
Mas creo yo que sin quererlo, injustos,
Amigo Araspe, con los hombres somos.
¡Cuán impaciente estoy de la tardanza
De Forbas! solo en él, en el confio;
Pues el Dios irritado no responde,
Y en su silencio esplica sus enojos.

ARASPE.

Y si podeis por vos saberlo todo,
¿A que fin deseais que os hable el cielo?
Señor, los Dioses, cuyo auxilio ofrece
El Pontífice, no no habitan siempre
Los templos sacros, que el mortal les alza.

Yo jamás vi sus diestras , de milagros
 Tan liberales como el mundo cree.
 No siempre se escuchó la verdad pura
 Desde esas grutas , trípodés y estatuas ,
 Que labraron un día nuestras manos.
 No nos fíemos pues en las palabras
 De un sacerdote , no ; que muchas veces
 Está el traidor al pié de los altares ,
 Y á un sagrado poder nos esclaviza
 Que hace hablar ó callar á las deidades ,
 Segun le diera el interés impuro.
 Presto llamad , examinad atento
 A Filotetes , á Forbas y á Iocasta.
 Solo fíemos en nosotros mismos ,
 Y en lo que vieren nuestros propios ojos.
 Estos son nuestros trípodés y altares ,
 Estos nuestros óráculos , y Dioses.

EDIPO.

¿Que ? ¿podria en el templo guarecerse
 Tanta perfidia , felonía tanta ?
 Yo lo aseguro , si decide el cielo
 Nuestra suerte , no mas hombres falaces
 Guardarán el depósito precioso
 Do estriva la salud de los tebanos.
 Yo voy , voy , yo mismo voy , y su silencio
 Acusaré , por ver si mis instancias
 Su inclemencia templar acaso pueden.
 Y tu , si anhelas mi mejor servicio ,
 Corre , y á Forbas di , que venga presto
 Que le espera su Rey : en tal apuro
 Cual es el mio , en situacion tan árdua ,
 A los hombres , y á Dios preguntar quiero.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

IOCASTA, EGINA.

IOCASTA.

Espero á Filotetes ; sí , que anhele
El postrimer á Dios aqui decirle.

EGINA.

Señora , vos sabeis con que insolencia ,
Con qué furor el pueblo vocifera.
Amenazado siempre de la muerte ,
Solo espera salud de su castigo.
Las mugeres , los niños , los ancianos
En mil calamidades sumergidos ,
En hallarle culpable se interesan.
De aqui escuchais sus gritos sediciosos ,
Que á nombre piden de los justos Dioses ,
Ver la sangre correr de Filotetes.
¿ Podreis vos resistir á la violencia
Del pueblo en su furor ? podréis acaso
Declararos ahora en su defensa ?

IOCASTA.

¿ Qué si podre ? Sí todos los tebanos
Se atrevieran sus manos parricidas
A ensangrentar en mi ; si de estos muros
Las ruinas sepultarme amenazaran ,

No negára mi auxilio á la inocencia.
 Mas me detiene un justo miramiento ;
 Y es , que amé á Filotetes con ternura
 Otro tiempo , y sabiéndolo , podrian
 Decirle sacrificio mi diadema ,
 Mis esposos : mis dioses , y mi patria ,
 Y que en mi alma su cariño aun vive.

EGINA.

¡ Ah! no temais por eso , que yo sola
 De este fatal incendio fué testigo ;
 Y nunca , nunca ::::.

Iocasta.

¿ Qué ? crees acaso
 Que ha podido jamás una princesa
 Tener oculto su odio , ó su ternura ?
 Las miradas de muchos cortesanos
 Sin cesar están fijas en nosotras ;
 Y á pesar del respeto que nos tienen ,
 Solo anhelan hallar debilidades
 En nuestros corazones que penetran.
 Nada , nada se oculta á su malicia.
 Una voz , un suspiro , una mirada
 Nuestro interior descubre ; en contra nuestra
 Hasta el mismo silencio es elocuente.
 Y cuando su artificio vigilante
 Pudo al fin penetrar nuestros secretos ;
 Entonces sus hablillas indiscretas
 Publican nuestros vicios y defectos ,
 Y nuestro deshonor á todos llega.

EGINA.

Pero señora , vos ¿ qué temeis de ellos ?
 Aunque son sus miradas penetrantes ,
 ¡ A vos ¿ qué temor pueden infundiros ?

¿ Marchitar puede alguno vuestra gloria ?
Se sabe vuestro amor ; y esto ¿ qué importa ?
¿ No se sabe tambien vuestra victoria ?
¿ No se sabe que fué la virtud siempre
Las delicias del pecho de Iocasta ?

Iocasta.

Y esta virtud me tiene hoy tan confusa.
Quizá por ser severa en acusarme ,
Veo en mí solo vicios y pasiones :
Y quizá este rigor ::: mas Filotetes ,
En mi alma reinó ; no no lo niego.
Su imágen todavia está gravada
En este corazon tan desgraciado.
Ni pudo la virtud , ni pudo el tiempo ,
Su memoria borrar ; mas ¿ que pronunció ?
Lo sé si la equidad sola me mueve
A prestarle socorro en su desgracia.
Me parece muy tierno , muy sensible
El amor que le tengo : está mi brazo
Dispuesto á defenderle , y toda tiemblo.
Yo me avergüenzo en fin de mis bondades
Y del temor que nuestro por su vida ;
Y creo que si menos le adorara ,
Todavía mejor le serviria.

Egina.

Pero ¿ quereis que parta Filotetes !

Iocasta.

Si lo quiero , y es sola su partida
La única esperanza que me resta.
Y si el quiere escucharme , si mis ruegos
Le mueven á piedad , debe al instante
Para siempre ausentarse de mi vista.
Que marche , que se aleje de estos muros

Tan funestos para él: salve su fuga
El honor de Iocasta y su existencia.
Mas ¿quien le detendrá? querida Egina,
Ya estar debia aquí: ve, corre, vuela.

ESCENA II.

IOCASTA, FILOTETES, EGINA.

IOCASTA.

¡ Ah principe ! ¿ aqui estás ? En el espanto.
Mortal de que mi alma está ocupada
No puedo menos de anhelar tu vista.
Huir de ti mi obligacion me ordena,
Principe, porque debo ya olvidarte
Mas no serte traidora, ya sin duda
La desgracia sabrás que te preparan.

FILOTETES.

Un pueblo despreciable tumultuado,
En su infortunio por mi sangre claman.
Ya se ve, es infeliz, ser debe injusto;
Perdonarle debemos su injusticia.

IOCASTA..

No, no te espongas mas á sus furöres:
Parte, parte de aqui salva tu vida,
Que quizá este momento es el postrero
En que librarte puedo de una muerte
Que nunca mereciste. Parte, y lejos
De Iocasta, feliz vive mil años,
Y olvida que soy yo la que te salva.

FILOTETES.

Muestra ; muestra , Iocasta , á Filotetes
En esta turbacion mayor firmeza ,

Y menos compasion : ama cual yo amo
 Mas mi honor que mi vida ; manda luego
 Que muera , pero que huya , no ; no quieras
 Que mi inocencia por obedecerte ,
 Aparezca culpable. De los bienes
 Que en su colera el cielo me ha robado ,
 Mi honor tan solo en mi dolor me resta.
 No me arrebatas , no lo que amo tanto :
 No me mandes huir , que así me hiciera
 Indigno de Iocasta. Ya bastante
 He vivido , cumplí ya mi destino ,
 Infausto á la verdad : á vuestro esposo
 Le prometí esperar , y aunque es indigna ,
 Aunque es vil la sospecha que ha formado ,
 Yo jamás he faltado á mi palabra.

Iocasta.

Oyeme en nombre de los justos dioses ,
 En nombre del amor con que la triste
 Iocasta enteramente logró un dia ,
 Si es que de esta amistad tan alhagúeña
 Conservas todavia algun recuerdo ;
 Si te acuerdas aun que prometida
 A ti Iocasta fué , y tú á Iocasta ,
 Cuya dicha pendia de la tuya ;
 Esa vida conserva tan gloriosa ,
 Esa vida gloriosa á la que unida
 Siempre estuvo la vida de Iocasta.

Filotes.

A ti la consagré , y toda entera
 Digna ha de ser de ti , de esa tu gloria ,
 De tu exeelsa virtud. Vivi apartado.
 De ti , pero será , será mi suerte
 Demasiado feliz , si tu cariño
 Logro llevar hasta la tumba misma.

¿Quién sabe si verá propicio Jove
 Desde su excelso trono el sacrificio
 Qué debe hacerse? ¿Quién sabe si acaso,
 Me trajo su elemencia á estas regiones,
 Para inmolarme á ti? Quizá la Grecia
 Singular me concede el justo cielo
 De conservar tu vida con la mia.
 Quizá una pura victima le agrada,
 Y lo soy yo, pues dignasc aceptarme.

ESCENA III.

EDIPO, IOCASTA, FILOTETES, EGINA, ARASPE.

EDIPO.

Príncipe, no temais el impetuoso
 Frenesí de ese pueblo, cuyas voces,
 Quieren acelerar vuestro suplicio.
 Ya calmé su tumulto, y mi firmeza
 Emplearé contra él, si es neccsario.
 Os juzgan criminal, mas solo el pueblo.
 Yo que no juzgo como juzga el vulgo,
 Quisiera que aclaradas las sospechas,
 Triunfar vuestra inocencia vieran todos.
 Mi espíritu cercado de mil dudas,
 No puede resolverse á condenaros;
 Mas tampoco á absolveros que decida,
 El alto cielo, cuyo auxilio implóro.
 Ojalá se mitigue, ojalá quiera
 Perdonarnos, y deje de oprimirnos,
 Señalando la víctima al momento
 Por la boca del Sumo Sacerdote.
 Que los dioses que saben mas que el hombre,
 Entre mi pueblo, y vos decidan luego.

FILOTETES.

Vuestra equidad , señor es inflexible ,
 Es grande ; pero fué siempre en el mundo
 Estrema injuria la justicia estrema ;
 Que el rigor no conviene en todo tiempo.
 De las leyes que aun príncipe gobiernan ,
 La primera el honor es reputada.
 Yo me veo al oprobio condenado
 De responder á viles delatores ,
 Que supe confundir. Señor , dignaos ,
 De no infamaros con tan viles medios :
 Yo solo soy testigo , y esto basta ;
 Que basta , basta examinar mi vida.
 Hércules , firme apoyo de los dioses ,
 Los mónstruos y los bárbaros tirános ,
 Que me enseñó á domar , son los testigos ,
 Que en mi defensa presentáros debo.
 Preguntad sin embargo á vuestros dioses ;
 Ellos responderán , si me condenan :
 Yo sus voces oír no necesito ,
 Mas consiento pronuncien la sentencia ,
 No por mí , por piedad que tengo al pueblo.

ESCENA IV.

EDIPO , IOCASTA , SUMO SACERDOTE , ARAS-
 PE , FILOTETES , AGENOR *al frente del*
pueblo.

EDIPO

Sacerdote ? ¿suspenden ya los Dioses ,
 Su venganza y furor , mas apiadados
 Con los votos de todo aqueste reino ?

¿Cuál fué la mano infame y parricida
Que los pudo ofender ?

FILOTETES.

Habla ¿ que sangre
Debemos derramar ?

SUMO SACÉRDOTE.

! Fatal presente
Del cielo ! O ciencia aborrecible !
¿ Cuán peligrosa á los mortales eres
Ansioso siempre de saberlo todo !
Ojalá que el destino riguroso
Patente ahora á mi con denso velo
Encubierto á mis ojos estuviera !

FILOTETES-

¿ He ! Dí ¿ qué triste agüero nos anuncias ?

EDIPO.

¿ Serás ministro de un eternal odio ?

FILOTETES.

Nada temais.

EDIPO.

¿ Anuncian que yo muera
Los dioses ?

SUMO SACERDOTE.

Si creéis en mis palabras ,
Nada me preguntéis.

EDIPO.

Sea cual fuere
El destino que el cielo nos anuncia ,
En él se cifra la salud de Tebas.

FILOTETES.

Habla.

EDIPO.

Pero de tantos desgraciados
Ten compasion tambien ; piensa que Edipo ::

SUMO SACERDOTE,

Edipo es digno de piedad mas que ellos.

AGENOR.

Edipo ama á su pueblo cual un padre :
A sus voces juntamos nuestras quejas.
Vos sacerdote con quien habla el cielo
Oid nuestros clamores: perecemos ,
Salvadnos , alejad esos furores ,
Nombrad al asesino , al reo , al mónstruo ;
El pueblo. — Bañense nuestros brazos en su sangre.

SUMO SACERDOTE.

¿ Qué pronunciais ó pueblo desgraciado ?

El pueblo. — Que hableis , que muera y nos salveis
á todos.

SUMO SACERDOTE.

Al punto que sepais el crucl destino
Que le persigue , horrorizados todos ,
Quedaréis , en nombrando yo al culpable.
El Dios que por mi boea os habla , quiere
Que por castigo desterrado sea ;
Mas él por culpa tal desesperado ,
Contra si mismo ejercerá sus iras.
Temblareis , temblareis de su suplicio ,
Que vuestra vida vengará á bucn precio.

EDIPO.

Habla , obedece , di ¿ qué te resistes ?

SUMO SACERDOTE.

¿ Vos me obligais , Edipo , á que pronuncie ?

EDIPO.

Si , tu tardanza mi furor enciende.

SUMO SACERDOTE.

¿ Lo queréis ? está bien ::: el asesino :::

EDIPO.

Acaba ya ¿ quién es ?

SUMO SACERDOTE.

El mismo Edipo.

EDIPO.

¿ Yo ?

SUMO SACERDOTE.

Si , vos sois ; ó principe infelice !

AGENOR.

¿ Qué es lo que escucho ? ¡ Dioses !

IOCASTA.

¡ Sacerdote !

Organo de los dioses ¿ qué pronuncias ? (*a Edipo*).

¿ Quién ? ¿ vos el asesino de mi esposo ?

Vos á quien su corona con mi mano ,

Entregue ? No es verdad ; yo no lo creo.

El Sumo Sacerdote nos engaña ,

Vuestra virtud la acusacion desmiente.

AGENOR.

¡ O cielo de quien pende nuestra suerte !
Húndenos ahora mismo en el sepulcro ,
O señala otra victima al momento.

FILOTETES.

No esperes que yo vengue las ofensas ,
Que recibí de ti ; que aprovecharme ,
No quiero de la nueva desventura ,
Conque al presente consternado gimes.
Que digan lo que quieran las deidades :
Yo te creo inocente , yo te hago
La justicia que exigen tus virtudes ,
Y que tú , y este pueblo me negasteis.
Si á humillar á tus fieros enemigos ,
Mi brazo necesitas , te le ofrezco ;
Que entre un rey y un pontífice no dudo
Que partido tomar. Un sacerdote ,
Sea el que fuere , y aunque Dios le inspire ,
Por su rey debe orar , mas no injuriarte.

EDIPO.

¡ Qué sublime virtud ! mas que horror siento !
Este habla cual Dios ; el otro miente ,
Como impostor é infame sacerdote. (*al Sumo Sa-
cerdote*).

Mira ahora cual es el privilegio ,
Del altar : tus sacrílegas palabras
Abusan del comercio de los dioses ,
Y acusan á tu rey con insolencia ,
Del mas horrendo y execrable crimen.
¡ O de la impunidad amargo fruto !
¿ Y aun creerás que yo debo en mis furores
Respetar el sagrado ministerio ,
Qué deshonoras así ? ¡ Traidor ! debía

Al pié de los altares inmolarle ,
En la misma presencia de los dioses ,
Que tu hipócrita voz mentir ha hecho.

SUMO SACERDOTE.

Está en vuestro poder : vos sois el dueño ,
De mi vida : podeis estos instantes
Aprovechar , pues hoy sin duda alguna ,
Será vuestra sentencia pronunciada ,
Temblad ; rey desgraciado ! Vuestro reino ,
Pasó : ya la venganza de los dioses
Sobre vuestra cabeza ha suspendido
La espada que á inmolaros se prepara.
Vos mismo horrorizado estareis presto ,
De los crímenes vuestros ; fugitivo
Del trono que ocupasteis , y privado
De los sagrados fuegos y del agua ,
Haciendo resonar con alaridos
Las cuevas solitarias , la venganza ,
Sentiréis por doquier de un Dios terrible.
La muerte invocareis , y huirá la muerte ,
Lejos de vos : terrores y tinieblas
Os presentará el cielo en su venganza ,
De los crímenes vuestros irritado.
Formado á la maldad y á los horrores ,
Por el ciego destino ; cuan felice
Seriais si jamas fuerais nacido !

EDIPO.

Hasta aquí he reprimido mis furores ,
Para escucharte. Si tu sangre infame ,
Derramar me dignara , evitaria
Que se cumpliera tu falaz anuncio ,
Y en tu justo suplicio me holgaria.
Huye , huye traidor , y no fomentes ,
La cólera funesta que me inflama.

Teme de mi furor que tanto irritas,
Con tu presencia: autor abominable,
De una indigna mentira, marcha luego.

SUMO SACERDOTE.


Siempre traidor, siempre impostor me llamas;
Mas sincero tu padre me creía.

EDIPO.

Calla ¿qué dices? ¿quién? mi padre acaso
Polibio :::

SUMO SACERDOTE.

Vuestra suerte desgraciada,
Ya tardais á saber: en este dia,
Vuestro origen sabreis y vuestra muerte.
Vuestro destino se cumplió ¡infelice!
¿No sabeis de que sangre habeis nacido?
Cercado de maldades, reservadas
A solo vos, ni aun penetrar pudisteis,
Con quien vivir ¡O Focide! ¡O Cotinto!
¡O execrable himeno! Ya, ya nace,
Una raza infeliz, impia, digna
De tal union, y que la tierra toda,
Llenará en su furor de horror y espanto.
Huyamos de este sitio.



ESCENA V.

EDIPO, FILOTETES, IOCASTA.

EDIPO.

Esta postreras
Palabras me amedrentan, me han helado,
Yo nó sé donde estoy: hasta mis iras
Han calmado: parece que un Dios mismo,

Dueño de mi furor , ha encadenado
Mi cólcra , y prestado al sacerdote
Una fuerza divina y voz terrible ,
Que cercana mi muerte vaticina.

FILOTETES.

Si reycs solamente amenazáran ,
A tu sagrada vida , Filotetes
A tu lado leal combatiria :
Pero aqui un sacerdote es tan terrible ,
Que tu mismo quedaste amedrentado ,
De su tremenda voz , y de su ciencia.
Que del cielo penetra los arcanos.
Fundado en los oráculos falaces .
Es á los soberanos muchas veces
Terrible en su altivez el sacerdocio.
Y el pueblo ciego en su creencia vana ,
Débil adorador de sus misterios ,
Hollando por piedad lo mas sagrado
De las leyes , honrar cree á los dioses ,
Siendo traidor á sus mejores reyes :
O mucho mas si el interés que engendra ,
El desenfreno , con su celo impio ,
Enardece la perfida insolencia.

EDIPO.

¡ Príncipe ! ¡ cómo aumenta mis dolores ,
Esa virtud ! Igual á mis desgracias
De tu alma sublime es la grandeza.
Un cuidado cruel me roc el alma ;
Y cuanto mas á él alivio busco ,
Con tanto mas ahinco me atormenta.
¿ Qué voz quejosa siento en lo profundo ,
De mi cuñado corazon ? ¿ qué crimen ,
He cometido yo ? ¿ Dios vengativo !
¿ Es ilusion ? ¿ es sueño lo que siento ?

IOCASTA.

Edipo , basta de esto ; no , no hablemos
De crimen : una victima demanda ,
El pueblo en su furor ; es necesario ,
El estado salvar , no mas tardemos.
Yo , yo debo espirar ; yo que de Layo ,
Soy la esposa : yo debo en la ribera ,
De la estigia infernal buscar la sombra ,
Errante y triste de mi antiguo esposo.
Yo apaciguar los gritos lamentables ,
De sus manes : yo iré :: puedan los dioses ,
Con esto satisfechos , otra muerte ,
No demandar , mi sangre derramada.
Pueda evitar que corra la de Edipo.

EDIPO.

¿ Tú morir ? ¿ tú Iocasta ? ¿ qué ? ¿ no bastan
Para matarme los horribles males ,
Que las deidades sobre mí amontonan ?
Cese ya , reina , cese tal language.
Demasiado terrible es ya la suerte ,
De tu esposo infeliz : no mas desgracias ,
Sobre mi carguen , no ; no con la muerte
Aumentes el dolor que me devora.
Sigueme , ven : es menester que aclare ,
Una justa sospecha que concibo ,
Ven ven.

IOCASTA.

¿ Y qué ? ¿ podría Edipo mismo :::

EDIPO.

Sigueme , reina ; á disipar te llamo ,
Mi desesperacion ó á completarla.

FIN DEL ACTO TERCERO.

AGTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

EDIPO, IOCASTA.

EDIPO.

Aunque estás agitada , esposa mia ,
No lo cstoy menos yo , que combatido ,
Me veo de sospechas roedoras.
El Sumo Sacerdote me amedrenta ,
Y dispuesto á escusarle , ya comienzo ,
A increparme á mi mismo ínteriormente ,
A mi conciencia consulté en secreto ,
Lo que el me ha dicho , del horror cercado ;
Y mil sucesos , aunque muy confusos
De tropel á mi mente se ofrecieron.
Lo pasado me hiela , y lo presente
Me abate , me confunde : yo preveo ,
Que me espera una suerte desastrada ,
Pues parece que el crimen me persigue.

IOCASTA.

¿Y qué? tu virtud misma no te alienta?
¿Tu inocencia no calma tus temores?

EDIPO.

Somos alguna vez mas criminales ,
De lo que imaginamos.

IOCASTA.

No , no creas ,
Del sacerdote el indiscreto anuncio ,
Por los vanos terrores que te acusa.

EDIPO.

Dime por el gran Layo , y por las iras ,
Del cielo vengador : cuando aquel viage ,
Funesto emprendió el rey ¿ llevaba acaso
Guardias y tropas que le acompañaran ?

IOCASTA.

Te lo dije otra vez , un hombre solo
Le seguia.

EDIPO.

¿ Uno solo ?

IOCASTA.

Si , porque era
Mayor su corazon que su fortuna ,
Y odiaba como tu la vana pompa .
Jamás se vió marchar ante su carro
Escoltándole un cuerpo numeroso ,
De soldados : fiado en sus virtudes ,
El amor de su pueblo le guardaba ;
Y como sin temor siempre vivia ,
Siempre viajar solia sin defensa.

EDIPO.

¡ O héroe al mundo por el cielo dado ,
De verdaderos reyes claro ejemplo !
¿ Descargó sobre ti bárbaro Edipo ?
Píntame al menos, reina, al desgraciado.

IOCASTA.

Lo haré , ya que quisiste á la memoria ,
 Un recuerdo traerme que me angustia.
 A pesar de los años heladores ,
 Aun en su varonil vejez brillaban ,
 Sus ojos con los fuegos juveniles.
 Sus caballos ya blancos enebrian
 Algunas cicatrices en su frente ,
 Que el respeto de todos le grangeaban :
 Y si he de hablar , Edipo , lo que siento ,
 Layo bastante á tí se parecia :
 De suerte que yo misma me alegraba ,
 De hallar en tí á par de las virtudes ,
 Las facciones y el rostro de mi esposo.
 ¿Qué te asusta ? ¿ Hay algo en mis palabras
 Que sorprenderte pueda ?

EDIPO.

Yo preveo
 Desgracias ¡ ay ! qué á comprender no alcanzo.
 Yo temo que inspirado el sacerdote ,
 Por los dioses penetra los horrores ,
 De la suerte espantosa que me espera.
 ¿ Será posible que haya asesinado
 Yo ::: ? ¡ dioses !

IOCASTA.

¿ Qué ? ¡ Será , será infalible ,
 Ese órgano del cielo ! A los altares
 Le acerea un ministerio muy sagrado ,
 Pero por mas que esté unido á los dioses ,
 El es mortal , es débil , es falible ,
 ¿ Qué ? ¿ puedes tú creer que á sus preguntas
 Le manifiesta el vuelo de las aves ,
 La verdad á su arbitrio ? ¿ qué los toros

Cayendo al golpe del sagrado acero ,
Descubren lo futuro á sus miradas ?
Y que ornadas las víctimas de flores ,
Por su mano enlazadas , los destinos ,
De los mortales en su entraña encierran ?
No , no : quien busca la verdad obscura ,
En estas ceremonias , á los dioses ,
Usurpa los derechos mas sagrados.
No son no , lo que piensa el vano pueblo ,
Los sacerdotes nuestros ; y su ciencia
En la ignorancia nuestra solo estriya .

EDIPO.

¡ Oh dioses ! Si verdad todo esto fuera ,
¡Cuál seria mi dicha !

IOCASTA.

Demasiado ,
Demasiado es verdad , creeme Edipo ,
Creeme en mi dolor. Tambien yo un dia ,
Creí preocupada sus misterios :
Desengañada en fin por mis desgracias
Estoy ; y el cielo justo me castiga ,
De haber creído la mentira obscura
De un impostor y falso sacerdote ,
Pues mi hijo perdí ; Cuánto aborrezco
Los oráculos ya ! Sí no existieran ,
Aun viviria mi adorado hijo.

EDIPO.

¡ Tú hijo ! Dime ¿ cómo le perdiste ?
¿ Qué oraculo te ha sido tan contrario ?

IOCASTA.

Escucha , escucha en tan terrible crisis ,
Lo que saber yo misma no quisiera ,

Y un oráculo falso no os aflija.
 Ya me oiste decir , que tuve un hijo,
 De Layo : mi ternura siempre inquieta
 Sobre su suerte , consultó á los dioses ,
 Por medio de la pitia tan nombrada.
 Mas ¡ ay ! ¡ qué locura es querer los hombres
 Penetrar los secretos que los hados
 Por piedad ocultarnos han querido !
 Pero en fin , yo muger , yo madre débil :
 A los pies de la pitia prosternada ,
 La pregunté llorosa ; y oye atento ,
 (¡ Oh como la conservo !) su respuesta.
 Disimula si tiemblo al relatarla.
 « Tu sacrílego hijo , de su padre
 « Asesino será ; será incestuoso
 « Y parricida á un tiempo » ¿ acabo... ó Dioses ?

EDIPO.

Sigue Iocasta:::

IOCASTA.

En fin los Dioses fieros
 Vaticinaron que mi propio hijo
 En mi lecho entraria como un mónstruo ;
 Que le recibiria yo gozosa
 En mis brazos , y en ellos el disgusto
 Depondria de haber muerto á su padre :
 Y que en fin , por aquesta union horrenda ,
 Hijos daria á mi hijo desgraciado.
 ¿ Te turbas con historia tan funestá ?
 ¿ Temes oirme y escucharla toda ?

EDIPO.

¡ Ah Iocasta ! Acaba , di ¿ que hiciste
 De ese hijo tan odiado de los Dioses ?

IOCASTA.

Los creí por mi mal : cruel y dura
 Fuí por piedad , y sofoqué el cariño
 Que á sus hijos les debe toda madre.
 En vano del amor la voz sublime
 Resistia á los Dioses , condenando
 Sus bárbaros anuncios : fué preciso
 Del rigor de los hados libertarle
 Que al crimen le arrastraban ; y creyendo
 Triunfar de los horrores de su sueño ,
 Dispuse por piedad que le mataran.
 ¡ O piedad criminal y desastrosa !
 ¡ O falsos vaticinios de los Dioses !
 ? Que fruto me produjo mi cuidado ,
 Mi bárbara piedad ? Murió mi esposo
 En medio de su suerte venturosa ,
 Y el hilo de su vida un estrangero
 Cortó , sin que su hijo hiciera falta.
 Perdí pues á mi hijo , y no he salvado
 A mi esposo infeliz ; Ah ! que este ejemplo
 Pueda instruirte ; lanza esos terrores
 Que inspirarte procura el Sacerdote ,
 Y aprende de mi error á estar tranquilo.

EDIPO.

Ya que me confiaste un gran secreto ,
 Justo es que yo tambien agradecido
 Mis terribles destinos te confie.
 Quizás cuando sabrás por mis palabras
 La grande semejanza que en mi suerte ,
 Y en la tuya se encuentra , mil temores
 Te harán temblar á tí , como yo tiemblo.
 Para ocupar el trono de Corinto
 La suerte me crió , pero apartado
 De Corinto y del trono , de horror lleno

El sitio veo donde fuí nacido.

Un dia , horrible dia que en mi mente

Siempre fijo estará , (mi alma hiela ,

La llena de terror :) la vez primera

Que mis jóvenes manos en las aras

Un presente magnífico ofrecian ,

De repente las bóvedas del templo

Se abrieron y de sangre las estatuas

Se cubren , sus miradas horrorosas

De las aras temblando me apartaron.

Una mano invisible repelia

Mis dones , y los vientos entre truenos ,

Esta espantosa voz oír me hicieron.

« No vengas á manchar mas la pureza

« De los lugares santos ; que los Dioses

« Del número te apartan de los vivos ,

« Y recibir no quieren tus ofrendas.

« Llévalas de las furias á las aras :

« Invoca á sus serpientes que ya prestas

« Están á atormentarte : esas deidades

« Son las que debes implorar impío ,

En tanto que mi alma poseida

Del espantó quedó , esta amenaza

Representaba (¿ lo creerás esposa ?)

A mi mente infeliz toda esta mezcla

De atentados horribles , exacrables ,

Con que amenazó el cielo á tu hijo mismo.

Si , me hacia creer que yo seria

El asesino de mi mismo padre.

IOCASTA.

¡ Ah Dioses !

EDIPO.

Y tambien que de mi madre

Profanaria el lecho.

IOCASTA.

¿ Donde me hallo ?
 ¿ Que espíritu infernal , amado Edipo ,
 Nuestros tristes espíritus uniendo ,
 En nosotros juntó tantos horrores ?

EDIPO.

No es tiempo aun de llorar , otros motivos
 De llanto escucharás , Iocasta luego :
 Oyeme y temblarás. Fué necesario
 De mi patria ausentarme ; pues temia
 Que criminal mi mano á mi despecho ,
 Algun dia cumpliera los destinos
 Que ya desde la cuna me persiguen.
 Aborrecido siendo de mí mismo ,
 No se atrevió á luchar contra los Dioses
 Mi virtud ; y esquivando los abrazos
 De mi desconsolada y triste madre ,
 Partí , anduve errante por el mundo ,
 Ocultando mi nombre y nacimiento :
 Solo me acompañaba un fiel amigo.
 En este fatal viage muchas veces
 Diome valor el Dios que me guiaba ,
 Y me libró de varias aventuras.
 ¡ Feliz de mi , si en una pereciera !
 Y con una gloriosa y noble muerte
 Podido hubiera desmentir mi hado.
 Mas me conservó el hado al parricidio
 Sin duda alguna ; y comprender no puedo
 Porque especie de encanto hasta el presente
 Olvidé este suceso extraordinario.
 La venganza celeste largo tiempo
 Pendiente sobre mí , por fin desgarró
 El velo denso que cubrió mis ojos.
 En un camino estrecho encontré un dia

Sobre un carro magnífico tirado
 De dos caballos, dos nobles guerreros.
 Del paso disputar osé atrevido
 El vano honor, la frívola ventaja.
 Yo era jóven, soberbio, y educado
 En un rango, do nace con la sangre
 Siempre el orgullo y la jactancia vana.
 En estraña region, desconocido,
 Creí no obstante hallarme junto al trono
 De mi padre, y los hombres que veía
 Todos me parecían mis vasallos,
 Y que para acatarme eran nacidos.
 Contra ellos pues camino, y con mi mano
 De los caballos espumosos tomo
 Las riendas fiero, respirando muerte.
 Pero luego del carro los guerreros
 Saltan, y me acometen, y mil golpes
 Me repiten furiosos. La victoria
 Entre nosotros no estuvo dudosa.
 ¡Potente Jove! Yo no sé si es odio,
 Yo no sé si es favor, pero sin duda,
 Vos por mí contra ellos combatisteis,
 Y entrambos á mis pies al fin cayeron.
 El uno, bien me acuerdo, con los años,
 Helado, y en en el polvo moribundo,
 Mirándome el semblante, me alargaba
 Sus tiernos brazos, y queria hablarme.
 Yo vi que de sus ojos moribundos
 Las lágrimas corrían, yo al mirarle,
 Aunque era vencedor, sentí que mi alma:::
 ¿Porque tiembas Iocasta?

Iocasta.

¡ Ay de mi ! Forbas
 Viene, mírale.

EDIPO.

¡ O Dios ! pronto aclaradas
Serán todas mis dudas y temores.

ESCENA II.

EDIPO , IOCASTA , FORBAS , *acompañamiento.*

EDIPO.

Llega , anciano infeliz : aquí te acerca.
Su vista renacer hace en mi alma
Aun mayor turbacion , una memoria
Confusa me horroriza nuevamente.
Tiemblo de verle , temo preguntarle.

FORBAS.

¿ Que ? ¿ Llegó el dia ya de mi suplicio ?
Reina ¿ habeis ordenado que perezca ?
Jamás sino es conmigo injusta fuisteis.

IOCASTA.

Respóndele á tu Rey ; ánimo Forbas.

FORBAS.

¿ A mi Rey ?

IOCASTA.

Si , que ante él estás presente.

FORBAS.

¡ Dioses ! Layo murió , y vos mi amo :::
¿ Vos sois Señor ?

EDIPO.

Omite , omite Forbas ,
Las palabras supérfluas : tu tú solo
De la muerte de Layo eres testigo.
Tu dicen , que queriendo defenderle ,
Fuiste herido tambien.

FORBAS.

Señor , si Layo
Muriò , dejad en paz à sus cenizas ,
Y no insulteis la suerte desgraciada
De su vasallo fiel por vos herido.

EDIPO.

¿ Quién ? ¿ Yo te herí ? ¿ Fuí yo ?

FORBAS.

Saciad el odio ,
Arrancadme esta vida que aborrezco :
Derranté vuestra espada esta mi sangre ,
Que antes por un error no derramasteis.
Y puesto conservais en la memoria
Aquella senda tan fatal , do Layo:::

EDIPO.

No sigas , desgraciado : ya lo veo :
Yo lo hice : ya basta ; Dioses justos !
En fin al cabo ya de cuatro inviernos
Haceis que mi atentado reconozca.

Iocasta.

¡ Ay Dios ! ¡ Conque es verdad !

EDIPO.

¿ Y que ? ¿ tú eres
A quien en Daulis atacó mi espada

En aquel paso estrecho ? Si tú eres :
Vanamente pretendo alucinarme :
Todo habla contra mí , todo me acusa ;
Y aun el desconocerte me es negado
En esta turbacion.

FORBAS.

Yo vi al gran Layo
A los golpes morir de vuestra espada,
El crimen vuestro fué , mas la sospecha
Sobre mi recayó : y vos el reino
Ocupasteis , y yo duras prisiones.

EDIPO.

Vete , que presto llegará la hora
En que yo mismo me haga la justicia.
Vete , y al menos déjame el cuidado
De preparar yo mismo mi suplicio
Déjame , y de la afrenta dolorosa
Librame de mirar á un inocente
A quien yo sumergí en la desgracia

ESCENA III.

EDIPO , IOCASTA.

EDIPO.

Iocasta::: porque ya mi desventura.
Me prohíbe que os de el nombre de esposa ;
Mis atentados veis , y me veis libre
De vuestra fé : heridme en fin , libraos
Del horror de vivir á Edipo unida.

IOCASTA.

¡ Ay !

EDIPO.

Tomad esa espada , ese instrumento
De mi furor , usadla en este dia
Mas justamente vos en mis entrañas.
Hundidla.

IOCASTA.

¿ Que intentais? No , deteneos.
Vivid , templad ese dolor insano.

EDIPO.

¿ Que cariño por mí os interesa ?
No , yo debo morir.

IOCASTA.

Vivid , yo quiero;
Mis súplicas oid.

EDIPO.

Nada ya escueho :
Yo soy de vuestro esposo el asesino.

IOCASTA.

Pero mi esposo , Edipo lo es ahora.

EDIPO.

Mas lo soy por un crimen.

IOCASTA.

De ignorancia.

EDIPO.

Al fin le cometí , y esto me basta.

IOCASTA.

¡ O cúmulo de males !

EDIPO.

¡ O himeneo
Funesto ! ¡ O dulce amor en otro tiempo !

IOCASTA.

El vive todavia ; sois mi esposo.

EDIPO.

Ya no lo soy , ya no ; pues para siempre
Rompió mi mano injusta y parricida.
El nudo sacrosanto de himeneo.
De la desgracia que feroz me sigue
Vuestros climas llené : temed á Edipo ,
Temed tambien al Dios que le persigue.
Mi tímida virtud á confundirme
Solo me sirve , solo : en adelante
Ni de mi mismo puedo ya ser dueño.
Quizá me obligará injusto el hado
A hacer que á vos tambien , Iocasta , alcance
El horror de mi bárbaro destino.
Haced piedad almenos de mil otras
Víctimas : no temais : heridme ; acaso
Podreis asi mas crimines ahorrarme.

IOCASTA.

No acuseis de tan bárbaro el destino :
Vos no sois criminal , si desgraciado ;
Que en el fatal combate que tuvisteis
En Daulis , ignorabais de quien era
La sangre que vertia vuestra espada.
Y omitiendo memoria tan horrible ,
Puedo quejarme si ; no castigaros.
Vivid.

EDIPO.

¿ Yo ? ¿ que yo viva ? No , yo debo
Huir léjos de vos : mas ¡ ay ! ¿ á donde

Arrastraré mi vida congojosa ?
¿ A que costa fatal , á cuales climas
Iré a ocultar los tétricos horrores
Que me persiguen por do quier camine ?
¿ Iré otra vez errante y de mi mismo
Huyendo , por buscar otra diadema ,
A costa de otro nuevo asesinato ?
¿ Iré á Corinto dó el destino triste
Quizá reserva crímenes mayores
A mi mano ? ; Corinto ! que mis plantas
Jamás huellen tu playa detestable.

ESCENA IV.

EDIPO , IOCASTA , DIMAS.

DIMAS.

Señor , en este instante un extranjero
Acaba de llegar. Es de Corinto ,
Segun ha declarado , y veros quiere.

EDIPO.

Me voy á recibirle en el momento. (*á Iocasta*)
A Dios ; cese ya , cese vuestro llanto :
Ya no veréis al desgraciado Edipo.
Acabó ya , reyné : ni vos esposo
Teneis , ni soy ya Rey , ni esposo vuestro.
Parto , voy á buscar en mis furores
Otros paises do mi mano pueda
No ser tan criminal ; do sin Estados
Mas como Rey , viviendo de vos léjos ,
El llanto justifique que Iocasta
Derrame por Edipo infortunado.

FIN DEL CUARTO ACTO.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

EDIPO, ARASPE, DIMAS.

EDIPO.

Finad esos recuerdos : ese llanto
Refrenad , no lloreis por mi destierro
Que tanto me consuela. Con mi ausencia
Vuestras desgracias hallarán alivio ,
Y salvaréis la vida del contagio ,
Perdiendo á vuestro Rey. Llegó el instante
De asegurar la suerte de este pueblo.
El imperio salvé , subiendo al trono ;
Desendiendo , otra vez quiero salvarle.
Me seguirá mi gloria en la desgracia ,
Pues mi voluntad siempre fué salvaros.
Abandono mis hijos y mi esposa ,
Y mi patria también. Tan solo pido
Me deis oídos por la vez postrera ;
Y pues que Tebas un Rey necesita ,
Mis consejos oigais para elegirle.
Filotetes es prudente , es virtuoso ,
Guerrero , descendiente de un Monarca ,
Y gozó la amistad del gran Alcides :
Parta yo pues y reine Filotetes.
Marchad , decid á Forbas que sin miedo
Se presente ante mi , quiero darle
Alguna muestra de mi fiel cariño ,

Y abandonar despues como Monarca
Mis súbditos y el trono. Ese estrangero
Que llegue, y esperad, que quiero oirle.

ESCENA II.

EDIPO, ARASPE, ICARO.

EDIPO.

¿Icaro ! Eres tú el que yo veo ?
Tú de mi infancia fiel depositario ,
De mi padre Polibio tierno amigo ?
Que novedad te trajo á nuestros climas ?

ICARO.

Señor , Polibio ha muerto.

EDIPO.

¿ Qué me dices ?
Conqué ha muerto mi padre ?

ICARO.

Es inútil

Ya su muerte esperar : en el sepulcro ,
Le han hundido los años : su carrera ,
Terminó , y ha espirado ante mis ojos.

EDIPO.

¿ Do estais ahora , oráculos falaces ,
Que mi débil virtud temblar hacias ,
Con el horror de un triste parricidio ?
Ya mi padre murió , y á pesar vuestro ,
No he manchado mis manos hasta ahora ,
En su sangre. Fui esclavo voluntario ,
De mi error , y ocupado en libertarme

De un mal imaginario , abandonaba ,
Mi vida á las desgracias mas inciertas :
Y era yo mismo quien mis tristes hados ,
Me forjaba por ser crédulo y necio.
¡ O cielo ! ¡ Qué colmada es mi miseria
Si necesito que mi padre expire ;
Y encontrando en su pérdida una dicha ,
Que aborrezco , la muerte de mi padre
Es un favor que me dispensa el hado ;
Vamos , que partir debo , y el tributo
Pagarle que es debido á sus cenizas.
Partamos : ¿ qué ? ¿ no hablas ? ¿ se humedecen ,
Tus megillas ? ¿ qué indica ese silencio ?

ICARO.

¡ Cielos ! ¿ podré yo hablar ?

EDIPO.

¿ Qué ? ¿ Todavía
Vaticinarme quieres mas desgracias ?

ICARO.

Señor , oidme á solas un momento. (*Edipo á su
acompañamiento*)
Idos de aquí ¿ que quereis anunciarme ?

ICARO.

Que debéis olvidaros de Corinto ,
Si vais allá , segura es vuestra muerte.

EDIPO.

¿ Quién me estorvará entrar en mis estados ?

ICARO.

El trono de Polibio otro lo hereda.

EDIPO.

¿Aun no basta? ¿Será este el postrer golpe?
Persígueme, persígueme destino;
Pero no lograrás nunca abatirme.
Si antes iba á reinar, vamos ahora,
A combatir, á presentarme luego,
A mi viles y pérfidos vasallos.
Entre esos desgraciados tan amantes
De la revolucion, hallaré al menos,
La honrosa muerte que anheló mi alma:
Y si entre los tebanos pereciera,
Criminal moriria; y amo mucho
Expirar como rey. Quienes son, dime,
Mis enemigos? Dime ¿qué extranjero,
Sobre el trono de Edipo está sentado?

ICARO.

El yerno de Polibio; y el rey mismo,
Al morir le ha ceñido la diadema,
Y todo el pueblo al nuevo rey acata.

EDIPO.

¡Ay! ¿mi padre tambien, mi padre ¡ciclos!
Me fué traidor? ¿Mi padre ha concurrido,
A la revolucion, y me destrona?

ICARO.

Justamente asi obra; no sois su hijo.

EDIPO.

¡Icaro!

¡ICARO.

Con dolor, temblando ofrezco
Referir el secreto mas terrible:
Pero es preciso, y toda la provincia :::

EDIPO.

¡ Conqué no soy su hijo !

ICARO.

Asi Polibio lo afirmó muriendo ;
Y del remordimiento compelido
Os renunció á favor de vuestros reyes :
Y yo de su secreto confideñte ,
Yo cómplice tambien , de la venganza ,
Del nuevo rey huyo , y á estos lugares ,
Vine á buscar el patrocinió vuestro.

EDIPO.

¡ No soy su hijo ! ¿ quién soy pues ? ¡ O dioses !

ICARO.

El cielo que en mis manos vuestra infancia ,
Depositó , con un obscuro velo
Vuestros padres oculta. Solamente ,
Se que apenas nacisteis , condenado
Fuisteis á perecer , y en un desierto ,
Murierais , si mis ojos no os vieran.

EDIPO.

¡ Conqué desde el nacer fuí desgraciado !
¡ Conqué ya fuí el horror de mi familia ,
Desde la cuna ! ¿ En donde me encontraste ?

ICARO.

Allá en el Citeron.

EDIPO.

¿ Cerca de Tebas ?

ICARO.

En este monte solitario expuso

Vuestra infancia un tebano que decía,
 Ser vuestro padre: algun dios bondadoso,
 Allá guió mis pasos: conmovido
 En mis brazos os tomo: yerto estabais,
 Y á la vida os volví; y en el instante
 A Corinto os conduje, al rey Polibio,
 Os presenté: sintió vuestra desgracia,
 Y os adoptó en lugar de su hijo muerto.
 Esta astucia y política dichosa,
 Su precario poder aseguraba;
 Y yo libertador de vuestra vida,
 Os eduque como si su hijo fuerais,
 Pero en verdad el trono no era vuestro.
 El interés subir á el os hizo,
 Mas el remordimiento, de él os lanza.

EDIPO.

¡ Dioses que presidis á los destinos,
 De los Reyes! ¿á que fin tantas veces
 En un dia quisisteis oprimirme?
 ¿ Paraqué los oráculos traidores
 Contra un débil mortal asi conspiran.
 Añadiendo prodigios á prodigios?
 Y dime amigo ¿ has vuelto á ver acaso,
 A aquel anciano desde aquel momento
 Fatal que de sus manos me tomaste?

ICARO.

Jamas le volvi á ver; quizá la muerte,
 Al único mortal ha arrebatado,
 Que os podria informar de vuestro padre.
 Mas sus facciones en mi mente impresas.
 Largo tiempo quedaron, y aun ahora
 Yo le conoceria si le viera.

EDIPO

¡ Infeliz ! ¿ paraqué ya conocerle ?
Pues lo quieren los dioses , mas valdria
Apreciar este velo que me cubre.
Mi destino preveo : solamente
Me manifestaran nuevos horrores ,
Las noticias que adquiriera ; no lo ignoro ;
Mas no obstante los males que preveo ,
Cierta curiosidad me precipita.
Vivir no puedo en tal incertidumbre ;
Que mas que mi ignorancia me atormenta ,
La duda : y aunque es cierto que abomino
La luz que puede iluminarme , temo
Conocerme , mas no puedo ignorarme.

ESCENA III.

EDIPO , ICARO , FORBAS.

EDIPO.

¡ Ah Forbas ! á mi llega !

ICARO.

Mi sorpresa :::

Es extrema ::: pues cuanto mas le veo ,
Mas ::: ; ah señor ! él es , el es , el mismo :::

FORBAS.

Disimula si acaso tus facciones
Desconocidas :::

ICARO.

¿ Qué ? ¿ ya no te acuerdas ,
Del monte Citeron ?

FORBAS.

Yo no te entiendo.

ICARO.

¿Cómo no? No pusiste tu en mis manos,
Este niño que estaba ya á la muerte :::

FORBAS.

¡Ah! ¿qué es lo que dijisteis? ¿Qué recuerdo
Renacer haces en el alma mia?

ICARO.

No temas nada no ¿porqué turbaste?
No hay aqui sino objetos de alegría,
El niño que te nombró es este, Edipo.

FORBAS.

¡Qué no te pierda Jove! ¡extrangero!
¿Qué es lo que dices?

ICARO.

No, no hay que dudarlo,
Señor; por mas que este tebano diga,
El mismo os colocó entre mis brazos:
Conoceis vuestra suerte, y vuestro padre.

EDIPO.

¡O suerte que me oprime! ¿Hay en el mundo
Desgracia que á la mia se parezca? (*á Forbas*).
¿Sois vos mi padre! ¡Hubiera permitido
El cielo derramarais vuestra sangre!

FORBAS.

No sois mi hijo, no.

EDIPO.

¿Pues qué? ¿mi infancia,
Vos no expusisteis?

FORBAS.

Permitidme os ruego ,
Huir señor de la presencia vuestra ,
Y una historia ocultaros muy terrible.

EDIPO.

Forbas ; por el gran Jove , nada ocultes.

FORBAS.

Huid señor , huid de vuestros hijos ,
Huid de vuestra esposa.

EDIPO.

Solamente

Te pido que respondas : es en vano ,
Quererme resistir. Aquel infante
Por ti mismo á la muerte destinado ,
¿ Le pusiste en sus brazos ?

FORBAS.

Si le puse :
¿ Qué no muriera yo en aquel instante !

EDIPO.

¿ Y cual era su patria ?

FORBAS.

Tebas misma.

EDIPO.

¿ Eras su padre tú ?

FORBAS.

¿ Ay ! fué su padre ,
De sangre mas gloriosa y desgraciada.

EDIPO.

? Quien era !

FORBAS (*arrodillándosele*).

Mas , señor ; ¿ á que saberlo !

EDIPO.

Acaba , dímelo , yo te lo mando.

FORBAS.

Iocasta era su madre.

ICARO.

¿ Este es el fruto
De mis nobles cuidados y fatigas ?

FORBAS.

¡ Estrangero ! Tú y yo ¿ que es lo que hicimos ?

EDIPO.

Lo que esperaba yo.

ICARO.

Señor :::

EDIPO.

¡ Crúeles ;

Salid , salid por fin de mi presencia :
Temed la recompensa de los bienes
Funestos que me hicisteis : huid presto ,
No sea que os castigue duramente ,
Por haberme vosotros conservado ,
Á perpetrar horrores inauditos.



ESCENA IV.

EDIPO.

Conque ya está cumplido el execrable
Oráculo : ya en fin mi mismo miedo
Su inevitable efecto ha acelerado ;
Y por mil horrorosos incidentes ,
Incestuoso me veo y parricida ,
Y á pesar de todo esto , virtuoso.
¡ Desgraciada virtud ! Nombre funesto ,
Y estéril por el cual arreglé siempre
Los dias que detesto , sin que al hado
Pudiera resistir mi vida austera.
Antes por el contrario hacia el peligro ,
Queriéndole evitar , corrí ligero.
Un Dios que la virtud mucho mas fuerte ,
Me arrebatava hacia el crimen , y un abismo
Abria se mis plantas fugitivas ;
Y era yo á mi despecho sin saberlo ,
Instrumento y esclavo del destino.
Este es mi crimen , otros no conozco.
Mis delitos ¡ ó dioses inflexibles !
Vuestros son ¿ cómo osais pues castigarme ?
Mas ¿ dónde estoy ? Que sombras horrorosas
La faz me ocultan con su horrible velo ?
Estos muros con sangre están manchados :
Las Furias veo ya , que sacudiendo
Sus teas , á vengar el parricidio ,
Llegan , mil y mil truenos horrorosos
Estallan sobre mi : se abre el infierno :::
¡ O Layo ! ¡ O padre mio ! Tú , tú eres :
Veo ; conozco la mortal herida
Que en el lado te abrió mi impía mano.
Véngate , hiere á un mónstruo detestable ,

Que abrió el costado de dó habia salido.
Acércate , arrástrame á las sombras
Del reino de Pluton : con mis horrores
Iré á espantar las sombras infernales.
Ven , yo te sigo.

ESCENA V.

EDIPO , IOCASTA , EGINA , AGENOR *al frente
del pueblo.*

IOCASTA.

Calma ya mi espanto
Edipo, que tus gritos horrosos,
Han llegado hasta mí.

EDIPO.

Tierra ¿ qué tardas?
Sepúltame por fin en tus abismos.

IOCASTA.

¿ Qué desgracia imprevista te enfurece !

EDIPO.

Mis crímenes.

IOCASTA.

Señor.

EDIPO.

Huye Iocasta.

IOCASTA.

¡ Ay ! ; esposo cruel !

EDIPO.

Calla ; infelice !

¿ Qué pronunciais ? ; Edipo vuestro esposo !

Olvida ya ese nombre abominable ,
Que nos colmó de execracion á entrambos,

IOCASTA.

¿ Que escucho ?

EDIPO.

No hay remedio , se han cumplido
Nuestros destinos : Layo era mi padre ,
Y vos la madre sois del cruel Edipo. (*Sale Edipo*).

AGENOR.

¡ O crimen ! ¡ ó terrible y triste dia !

IOCASTA.

Egina arráncame de este palacio
Cubierto del horror.

EGINA.

¡ Ay !

IOCASTA.

Si te mueven
Tantos males , si puedes á Iocasta
Sin temblar acercarte , cara Egina
Sostenme , ayúdame , de mí te apiada.

AGENOR.

¡ Dioses ! ¿ Habis saciado vuestro enojo ?
Gozad gozad vuestros funestos bienes ,
¡ Crueles ! mas valiera destruirnos.

ESCENA IV.

IOCASTA, EGINA, EL SUMO SACERDOTE, AGENOR
al frente del pueblo.

SUMO SACERDOTE.

Pueblo , la feliz calma ha desterrado
La negra tempestad : sobre vosotros
Un sol brilla mas puro y mas sereno.
Ya se extinguieron las funestas teas ;
Ya los sepulcros que á tragarnos iban
Se cerraron , huyó la impía muerte
Y el soberano Dios de cielo y tierra
Su bondad nos anuncia con el trueno. (*aquí se oye
el trueno y brillan los relámpagos*).

IOCASTA.

¡Que estruendo! ¡Cielos! ¿Donde estoy? ¿Que escucho?
Bárbaros !:::

SUMO SACERDOTE.

Se acabó , ya están contentos.

Los Dioses : ya cesó de perseguirnos .
Desde la tumba Layo , y os permite
Vivir y aun reinar : á su venganza
Basta la sangre del impio Edipo.

AGENOR.

! Dioses!

IOCASTA.

¡ Ay ! ¡ hijo mio ! ¿ Diré esposo ?
! Mezcla espantosa de tan caros nombres !
¡ Conque murió !

SUMO SACERDOTE.

Aun vive , mas la suerte
Que le abruma , parece separarle

Del reino de los vivos y los muertos ;
Se privó de la luz , y no ha espirado.
Yo le he visto clavarse en ambos ojos
Esta espada manchada con la sangre
De su padre : llenó ya su destino ,
Y este fatal momento es la primera
Señal de la salud de los Tebanos.
Así lo quiere el cielo que en su enojo
Se cansa de sufrir : como le place
Gracia , ó justicia acuerda á los mortales.
Sus iras agotó contra este hijo
Desgraciado : vivid que el os perdona.

IOCASTA.

Yo me castigo. (*se hiere.*) Si un Dios inhumano
Me reservó al incesto , ven ó muerte ;
Tu eres mi único bien , y el Dios que adoro.
Layo , recibeme ; que yo te sigo
Al reino de la muerte sin temores ,
Porque mi guia la virtud fué siempre.

AGENOR.

¡ O destino execrable ! ¡ infeliz reina !

IOCASTA.

Llorad solo á mi hijo , que aun respira.
Sacerdotes , Tebanos , que otro tiempo
Fuisteis súbditos míos , mí sepulcro
Honrad , y no olvidéis que vuestra Reyna ,
En medio del horror conque el destino
Se gozaba oprimirla , fué virtuosa
Hasta causar rubor á las deidades
Que al crimen mas horrendo le arrastraron.

FIN.

